

el mundo todo nos dice que la vida es breve.

La semana pasada estaba yo pescando en un estanque. Era ancho, profundo, una masa considerable de agua, bien sabéis cuál es: el estanque de los Dos Setos. Pues bien; cuando levantamos la compuerta y empezó á correr el agua, en breves segundos la vi desaparecer, y me dije: Así corre y se desliza la vida humana, para desaparecer en la eternidad de Dios, que nos contempla inmóvil como yo contemplo desde la orilla el agua que desaparece del estanque.

Y luego, señor cura, á prisa ó lentamente, á todos llega la última hora; y en tal momento, como mil veces nos habéis explicado, ¿qué podrá dar al alma mayor consuelo que haber hecho por el amor de Dios todo cuanto nos haya sido posible? Por esto pienso aplicarme á hacer penitencia; por lo tanto, padre mío, bendicidme; el agua corre, la vida se va y tengo prisa de tener algo que pueda ser ofrecido á la bondad de Dios.»

El cura bendijo á Pedro, y cuando éste se alejó púsose en oración; una vez que hubo rezado, anotó lo que le había dicho el aldeano para recordarlo y conservar en su corazón el recuerdo de los milagros que Dios obra en las almas que elige.

## IV

Algunas páginas de la vida de la princesa Luisa de Francia, hija de Luis XV, religiosa carmelita.

MOTIVOS QUE INDIJERON Á LA PRINCESA LUISA  
Á ENTRAR EN RELIGIÓN

Lo fundamental de los motivos que indujeron á la princesa Luisa á abrazar el estado religioso está consignado en una carta que escribió á una joven, carmelita con el tiempo, que le consultó acerca de su vocación:

«Yo no he escrito jamás cartas de consejos, decía, y no me decidiría nunca á resolver acerca del estado de nadie; pero os diré qué motivos me animaron á dejar el mundo, por halagüeño que apareciese para mí, y aunque yo no me encontrara en el caso, por mi condición social, de correr cierta especie de riesgos en que otras pueden hallarse.

»Los motivos fueron: mis pecados; lo que ha costado á Jesucristo nuestra salvación; la necesidad de la penitencia en esta vida ó en la otra, penitencia que es muy difícil cumplir en una existencia cómoda, sobre todo si se aprecia el bienestar tanto como yo lo amaba; la parábola del camello, que entraría más fácilmente por el ojo de una aguja que un rico en el cielo; el precepto de la limosna, que debe extenderse á todo lo superfluo, y lo superfluo era una in-

mensidad en mí; y, por último, el deseo de poseer á Dios eternamente y de gozar de la corona que nos está reservada en el cielo.»



ORACIÓN QUE LA PRINCESA LUISA DE FRANCIA DIRIGÍA  
Á SANTA TERESA PARA OBTENER POR SU MEDIACIÓN  
LA GRACIA DE ENTRAR EN EL CARMELO.

La Princesa había compuesto la oración siguiente, que á diario rezaba á santa Teresa. Es la expresión de una tierna criatura que, movida por el sentimiento apremiante de sus necesidades espirituales, abre familiarmente su corazón al de una madre cuyo afecto conoce, así como el favor de que goza con el Eterno:



«Vedme aquí todavía á vuestros pies ¡oh santa Madre! para obtener la gracia que há tantos años solicito. Mi esperanza ha aumentado; pero ¡ay! que no se trata todavía más que de esperanzas. Me hallo siempre en el mundo; siempre alejada de vuestros asilos santos, y ni siquiera veo aún cuál sea el camino seguro de llegar á ellos.

»Persisto ¡oh Dios mío! en someterme á vuestra santa voluntad. Sólo pedía conocerla, y aunque hubiera sido contraria á mis deseos, Vos lo sabéis, me hubiera sometido sin vacilar á ella. Sí, hubiera renunciado á mis mayores

deseos y hubiese permanecido en el estado en el cual vuestra adorable providencia me hubiera retenido; pero, alabado seáis por siempre, ¡oh Dios mío! Vuestra misericordia no ha rechazado los anhelos de mi corazón. Habéis aceptado mi sacrificio, y no me resta sino esperar el momento que hayáis querido señalar. Yo lo espero ¡oh Dios mío! con tanta sumisión como ansiedad, pues que nos permitís pedir y no consideráis nuestras peticiones como actos de impaciencia. Apresurad, pues, Señor Dios mío, abreviad, precipitad ese feliz momento.



»¡Oh Madre mía! Unid vuestras súplicas á las de esta joven, que vos no podéis desamparar. Volved á mí vuestros ojos; ved la esclavitud en que me encuentro y la agitación en que vivo; mis oraciones fatigadas, mis meditaciones interrumpidas, mis devociones contrariadas. Ved los asuntos temporales que me asedian; ved cómo el mundo arroja á mi paso sus pompas, sus juegos, sus espectáculos, sus máximas, sus malicias, sus vanidades, sus picardías, todas sus tentaciones sin que pueda ni huir, ni retroceder. Ved los peligros que corro y las espinas sobre las que tengo que caminar. Sentid lástima de mis pecados y de lo poco bueno que puedo hacer. Ved mi desolación, mi tristeza, mi enojo; tened compasión de mí; alcanzadme, en una palabra, la santa libertad

de que gozan los que merecen ser llamados hijos de Dios.

\* \*

»¿No he sido probada lo suficiente, santa Madre? ¿No conocéis á fondo los anhelos de mi corazón? ¿Dudáis todavía de mi resolución después de tantos años de constancia? ¿He cambiado ni por un momento? ¿No me habéis hallado siempre dispuesta á ir donde las voces del cielo me llaman; suspirando sin cesar por la felicidad de seguir sus mandatos, y á veces deshaciéndome en llanto por verme en esta situación há tantos años?—Sí; con todo el ardor y toda la sinceridad de mi alma imploro de Dios que rompa mis ligaduras, que yo os pido, que yo os solicito me ayudéis á quebrantar, empleando en mi intercesión, para lograr que me seais propicia, los nombres de vuestras más amadas hijas del Carmelo. ¡Harto he conocido el mundo para aborrecerlo siempre y no echarlo de menos jamás! He contemplado durante mucho tiempo, y una tras otra, todas las dulzuras del estado á que quiero renunciar; testigo sois de ello, ¡oh Jesús mío!, y ninguna me ha hecho vacilar en el sacrificio. ¡Vanas dulzuras, dulzuras pérfidas y lágrimas de amargor!... Aunque fueran mil veces más puras, preferiría á ellas el cáliz de mi Salvador. No me digáis ¡oh cariñosa Madre! que no conozco bastante vuestra santa regla. ¿No me habéis visto leerla, llevarla encima y hacer mis delicias? Nada me he ocultado: humillaciones, pobreza, austeri-

dades de toda especie, soledad, abandono, contrariedades, vejaciones, menosprecio, malos tratos, todo lo he visto por el peor lado, y merced á la divina gracia nada me ha causado temor. He comparado el estado de princesa y el de carmelita, deduciendo siempre que este último era mejor: nunca mi corazón se retractará de tal juicio. He visto y he pesado ¡oh Jesús mío! la cruz que os pido llevar....., y no es tan pesada como la vuestra.

\* \*

»¡Oh santa Madre mía! ¿Qué más queréis de mí, qué más necesitáis? Mis días se van, mis años vuelan. ¿Qué tendré ¡ay! que ofrecer á Dios? Abridme, pues, al fin, ¡oh Madre!, la puerta de vuestra casa. Trazadme el camino, abridme la senda, allanadme los obstáculos. Para dar el primer paso, tengo necesidad de vuestro apoyo; lo necesito para declarar mis propósitos á aquel cuyo consentimiento me es preciso. Procuradme ocasión favorable; predisponed su corazón; disponed su benignidad á darme oídos; defendedme de su ternura, defendedle de la mía. Dadme valor para hablarle, y poned en mis labios persuasivas palabras que triunfen de todas sus resistencias. Sí; poned en mi boca lo que debo decir y lo que debo responderle; habladle vos misma por mí y sed vos quien por él me responda. Vos que obtuvisteis tal número de gracias para romper los lazos que os sujetaban al mundo, que tantas lográis para vuestras hijas, interceded también por

mí, Madre mía, y antes que salga de aquí haced que mi corazón sepa que puedo hablar cuando quiera, y que el corazón del Rey está dispuesto á rendirse á mis deseos..... Pero, santa Madre, ¿consentirá el Rey en mi resolución cuando la conozca? ¿Verá cómo la ejecuto sin sentirse también favorecido por Dios? ¿Sin volverse por completo á su servicio? ¡Yo carmelita y el Rey completamente inclinado al Señor! ¡Qué felicidad! Dios puede, y Dios lo hará ¡oh santa Madre! ¡Ah, también oiría mi súplica, si yo lo mereciera, por responder mi fe á mis deseos! ¡Yo creo en ti, Dios mío, yo creo; santa Madre, presentad el testimonio de mi fe á los pies de vuestro divino Esposo; que crezca, que se aumente en vuestras manos; que iguale con la vuestra, que como ella pueda ser merecedora de milagros. Tras eso, ¿qué tendré que desear? Seré dichosa muriendo, *muriendo carmelita* y dejando en este mundo toda mi familia en el camino del cielo.»

\*  
\*\*

#### FELICIDAD DE LA PRINCESA LUISA EN EL CARMELO

En una carta escrita algunos días después de su ingreso, la ferviente carmelita decía á una amiga suya:

«Todo respira aquí celestial alegría. Vengo del recreo donde pensé morir de risa, aunque había recibido tristes noticias que me habían enternecido mucho; ve cuál es el poder de la alegría en una buena conciencia.»

Y en otra carta escrita un mes más tarde á la misma persona.....: «¿Te ha enternecido mi causa? Pues, sin embargo, no soy tan digna de compasión; me hallo muy bien en ella, y la noche pasada, sin ir más lejos, he dormido ocho horas. Te aseguro que esas cosas no deben inspirar lástima si pensamos en lo que Jesucristo ha hecho por nosotros. A mí no me cuesta trabajo alguno; te lo digo con rubor: mientras es edificante para todos ese hecho, yo duermo tan á gusto en el jergón de paja como dormía en mi lecho de pluma.»

Siempre llena de igual alegría con el hábito carmelita, la Princesa hablaba con frecuencia de su ventura, de sus sacrificios jamás; y si alguna vez comparaba su vida anterior con la del Carmelo, lo hacía tan sólo para demostrar que había abandonado muy poco para hallar mucho.

He aquí en qué términos establecía el paralelo entre dos estados tan diversos: «Creedme —decía á sus compañeras en ese candoroso tono que lleva consigo la persuasión,—soy positivamente más dichosa de lo que merezco; tanto en el orden moral como en lo físico, he ganado extraordinariamente viniendo aquí. Cierto que en Versalles tenía un buen lecho, pero no dormía en él un sueño continuado. Tenía una mesa bien servida, mas con frecuencia me faltaba el apetito para sentarme á ella. Aquí no tengo otra cama que mi revuelto jergón, pero en él duermo muy á gusto. Nuestro refectorio no peca de suculento, mas yo tengo un apetito que todo lo sazona, hasta el extremo que con frecuencia siento escrúpulo de experi-

mentar tanto placer comiendo las zanahorias y los guisantes que forman parte de nuestra alimentación. En cuanto á la paz del alma, ¡qué diferencial! Puedo decir al pie de la letra y con toda verdad que un solo día en la casa del Señor me ocasiona una felicidad más positiva que pudieran causarme mil días en el palacio que habitaba. Así como aquí se nos exigen á nosotras ciertas observancias y prácticas, tiene la corte las suyas, y cuando se vive en la corte es preciso, no obstante todas las repugnancias, seguir el orden que la corte determina. Aquí, por ejemplo, voy á oración á las cinco: en Versalles tenía que ir á jugar. A las nueve de la noche me llama á rezo la campana: en Versalles recibía aviso de que era llegado el momento de asistir á la comedia. No hay un punto de reposo en la corte, aunque sólo se recorre el círculo vicioso de las inutilidades. ¡Cuántas hermosas mañanas he perdido allí! Parte en descansar de las fatigas de la velada, otra en aburrirme en el tocador, el resto oyendo importunos. Aquí, como he dormido bien durante la noche, me complace madrugar. Todo mi tocado no me ocupa más allá de dos minutos, tras de los cuales ocupo todo el día de una manera muy grata para mi espíritu, por lo mismo que entiendo ser provechosa á mi alma. En suma: cuanto me rodeaba en la corte brindábame placeres, de los que no gozaba en manera alguna; aquí, por el contrario, donde todo parece dispuesto á entristecer, gozo una santa alegría, y en el año que llevo me pregunto por las mañanas: ¿Dónde están aquellas austerida-

des con que se llevaba la alarma á mis ánimos? Pero siendo por todos conceptos evidente que he ganado dejando la corte por el Carmelo juzgad cuánto fundamento tienen los que opinan que fué acertada mi resolución.»

«No acertaríais á explicaros, dice la nueva carmelita, cuánta alegría produce una buena conciencia. Un año entero aquí, es un solo día de fiesta. Sí; me siento muy feliz en esta casa, donde todo me sonríe, hasta las paredes que me separan del mundo.»

## V

FELICIDAD QUE EXPERIMENTABA EL PRÍNCIPE  
SCHUWALOFF EN LA VIDA RELIGIOSA

«Un solo día en vuestros pórticos ¡oh Señor! vale más que mil días en otra parte. He preferido ser de los últimos en la casa de mi Dios, á vivir en las tiendas de los pecadores. (Salmo LXXXIII, 11.)

»Cerca de diez y seis años han transcurrido desde el día en que me separé de la Iglesia griega, y casi tres años de aquel otro en que dí al mundo un eterno adiós. La experiencia está hecha. Los sueños de la adolescencia y las ilusiones de la juventud han desaparecido por completo: tengo cincuenta y tres años; hállome, pues, en la época de la vida en que más piamente se razona; en que la poesía ha dado paso al raciocinio; en que no es temerario el espíritu, el cuerpo es menos perezoso y la realidad

se nos aparece desnuda, con su desnudez de ordinario triste y odiosa. Así, pues, realizado el experimento, he hallado una realidad dichosa; viajero ó peregrino que, llegado al término de su camino, se encuentra en la cima del monte, en el santuario mismo que contemplaba y ansiaba desde lejos, contemplo hoy con serenidad los profundos valles que hay á mis pies y que se pierden en sombras á lo lejos. De diez y ocho años á esta parte he subido de verdad en verdad, de luz en luz, hasta encontrar el lugar de mi descanso en la vida de religión, en estas cimas benditas que se levantan más arriba de la región de las tormentas, y donde he podido templar mi alma con el calor que difunden los rayos del sol eterno. Para mí es bella la realidad, y no pretendo realizar ensueños; los que tuve y todos mis deseos se ven cumplidos. Contento del presente, esperando mejorar en lo por venir, no suspiro por el pasado. Doy á Dios gracias por una felicidad de la que no me considero digno, y recolectando los abundantes frutos del otoño, no me duelo en manera alguna de no poseer las ya marchitas flores de primavera. ¡Ah! Cuando comparo mi juventud tan brillante y tan vana con mi existencia actual, tan modesta y tan completa; cuando comparo lo que experimentaba en las reuniones del mundo y en los dorados salones con lo que siento ahora en la tranquilidad de mi pobre celda, ¡cómo se eleva á Dios mi alma llena de reconocimiento y de bienestar! Cuando comparo mis viajes á través de Europa con los paseos que me está permitido dar aquí; cuando

pienso que en vez del uniforme de húsar, de que tan orgulloso estaba en mi juventud, llevo el austero ropaje de los monjes de San Bernardo; que en lugar de asistir á las resplandecientes fiestas del mundo tomo parte en las fiestas de nuestra Iglesia, y que el banquete diario de la Eucaristía ha reemplazado para mí los banquetes ceremoniosos ó pecadores .... ¡Ah! Lo repito: siento dicha. Entonces apuraba la copa del placer, y era desventurado; llamábanme en sociedad rico, y yo me sentía pobre; se me juzgaba libre, y me tenía por esclavo; pero ahora que he pronunciado los tres votos solemnes, que para siempre me han clavado en la cruz; ahora que nada poseo y que he jurado renunciar á toda voluntad, á todo placer, he hallado la riqueza, la libertad y la dicha; la riqueza en la plenitud de sentimientos que se desbordan de mi corazón uniéndome á Dios; la libertad en la conformidad de mi voluntad con la suya; la felicidad, por último, en la ausencia de los placeres, en el sacrificio de los instintos de la naturaleza á las inspiraciones de la gracia, y en esta tranquilidad que me produce la convicción íntima, firme, inquebrantable, de haber cumplido con mi deber.

»¡Oh calma del corazón, que sólo á Dios es permitido depararla, convicción, paz y ventura, tesoros y goces del alma!..... ¡Y yo que no os conocía!.....

\* \* \*

»¡Oh vosotros, á quienes Dios llamó fuera del mundo, almas felices y elegidas que me

inspiráis una simpatía piadosa y una ternura santa!..... ¡Yo os lo encarezco, no resistáis, obedeced y perseverad! ¡Ah, también vosotros conoceréis las alegrías espirituales, conoceréis el dón de Dios! Hay, sin duda, en la vida religiosa pesares, porque hay el dolor de todo sacrificio, mas únicamente merced al sacrificio podréis alcanzar la felicidad.

»El sacrificio es la medida del amor y la condición de la dicha. Pues qué, ¿en el mundo no habéis experimentado sufrimientos? Sí; y más numerosos, más crueles, y con frecuencia sobrado inútiles. En tanto, para nosotros los sacrificios son contados, y cada lágrima señala un peso en la balanza de la misericordia divina.

»Sí, en la vida de religión hay dolores, pero no se peca, ó se peca menos. No se ofende tanto á Dios, y por lo mismo se es más dichoso. Y la muerte..... ¡la idea de la muerte! ¿No es muy grato saber que cuando llama á nuestra puerta la recibiremos hallándonos en brazos de Dios, en tanto que á los mundanos dónde los hallará?..... En los espectáculos, en el estruendo de un baile, en una orgía, en el lecho del pecado, tal vez..... Este pensamiento me fortifica, y yo os bendigo ¡oh Señor!»

## VI

### LA NOVICIA INFIEL Á SU VOCACIÓN

Cuando Dios llama á un alma á una vida más perfecta, le dispensa de seguro una gracia

especial y de grande estimación; es un favor que no concede sino á muy reducido número de personas. Es, pues, lógico que aplique su justicia á aquellos que hacen poco caso de un beneficio de tal magnitud. ¿Cuán ofendido no se consideraría un príncipe si llamase á uno de sus súbditos para que estuviera á su servicio de un modo más inmediato, en su propio palacio, como su favorito, y el súbdito se negase á obedecer? Pues entonces, ¿cómo no ha de sentir Dios el agravio de una ofensa semejante? Siéntela y mucho, amenazando con el mayor mal al alma que contraría sus designios: *Væ qui contradicit factori suo!* Esa palabra *væ* significa en la Escritura la condenación eterna. El castigo comenzará en esta vida y nunca tendrá reposo, según nos advierte Job. Se verá privada de los abundantes y eficaces socorros que le hubieran ayudado á conducirse bien, haciéndosele muy difícil la salvación. Permanecerá formando parte del cuerpo de la Iglesia, dice un sabio teólogo, pero como un miembro dislocado que no puede servir sino de molestia; y así, añade, si bien hablando de un modo terminante, el alma puede ser salva, difícilmente alcanzará á realizar los merecimientos precisos para lograrlo.

La misma doctrina nos enseñan san Bernardo y san León. Como el emperador Mauricio hubiese prohibido por un edicto que los soldados se hicieran religiosos, san Gregorio le escribió manifestando que la ley era injusta porque cerraba las puertas del Paraíso á muchos cristianos que se hubieran salvado en el

estado de religión y se perderían inevitablemente en el siglo.

¡Cuán crecido número de muertes repentinas, castigo de una vocación despreciada, no leemos en los libros! ¿Qué de desventurados no veremos condenados el día del Juicio por no haber obedecido á su vocación?

Rebeldes á la luz, según los llama el Espíritu Santo por boca de Job, por un justísimo castigo se ven privados de la luz; y pues han rehusado caminar por la vía que Dios les señalaba, siguen con ceguedad la que por sí han escogido y les conduce á perdición irremisible.

En el libro de los Proverbios, el Señor se expresa con una energía mayor aún; cada una de sus palabras debe ser muy bien entendida: «Os envió mi espíritu, es decir, la gracia de la vocación, pero vosotras rehusáis corresponderme, despreciáis todos mis consejos ....; pues bien, me reiré á mi vez de vosotros; insultaré vuestra miseria cuando los males que queráis evitar lluevan sobre vosotros, cuando las tentaciones os asedien como una tempestad, entre los escollos y los peligros del siglo, cuando estéis en las congojas y en las angustias de la muerte. Entonces me invocaréis, pero yo no os escucharé; me buscaréis, pero no podréis hallarme.....»

«¡Insensatos—dice san Agustín,—desoís la voz de Dios que os llama, os apartáis de sus brazos que os buscan para haceros bien, pero no escaparéis á su justicia, que os perseguirá para castigaros!»

\*  
\* \*

¡Ah! Si el dolor de haber perdido por su propia culpa un gran bien, ó el de haber sido causa voluntaria de algún gran mal, es una pena tal, que aun en esta vida se convierte en tormento insoportable, ¿qué será en el infierno el suplicio de un alma llamada por Dios, por un favor singular, al estado religioso, cuando reconozca que obedeciendo al Señor hubiera hallado un hermoso lugar en el Paraíso, y que se verá, por el contrario, relegada á aquel lugar de tormentos sin esperanza de salir jamás de él?

Aqué será el terrible gusano siempre vivo que le roerá las entrañas con un remordimiento continuo. El alma dirá entonces: «¡Oh, cuán insensata he sido! Pude ser una gran santa; si hubiera obedecido, hallaríame ahora en el cielo, y, por el contrario, estoy condenada, condenada para siempre!.....»

Verá el día del Juicio universal colocados á la diestra del Salvador, y coronados como santos, á los que hayan seguido su vocación y que, renunciando al mundo, se hayan retirado á la casa de Dios, adonde ella también fué invitada á retirarse; se verá separada de la compañía de los bienaventurados y arrojada entre la incontable multitud de los réprobos por haber desobedecido la voz de Dios. ¡Ah, cuán espantoso tormento será entonces para ella el recuerdo de la gracia de la vocación!

Así, pues, amada hija de Jesucristo, que sois llamada por vuestro Padre y vuestro Maestro á santificaros en esta casa, que es la suya, no cerréis el corazón á su afectuoso llamamiento.....

Amad, amad la gracia de vuestra vocación; apreciadla, conservadla y pedid á Dios que os haga fiel siempre para con El.

## VII

## ESPEJO DE UNA BUENA RELIGIOSA

Añadiremos, para terminar, las siguientes páginas, que proceden de un libro antiguo y que resumen con cándida sencillez todos los deberes de una religiosa:

## I

## Actos ordinarios.

Cuando suene la campana, te *vestirás* al momento; revestirte de *modestia* procurarás desde luego, y al Señor dedicarás tus *primeros pensamientos*.

Con el objeto de honrarle á El tan sólo, con anhelo pedirás la santa gracia de usar en un *santo empleo* las horas del *nuevo día*, que te ha concedido el cielo mostrando en tus *oraciones piedad y recogimiento*, recitando de igual modo el *Oficio*; y en el templo cuidando que tu *piedad*

sea *modesta* y *oyendo la santa Misa* á diario con grandísimo *respeto*. Comulgarás con *pureza*, muy *fervorosa*, en el tiempo que te fuere señalado, y renovando en tu pecho á Dios tus *sagrados votos*, expresión de tus deseos. Acude á los ejercicios con *compostura*, al *primero de los toques*, mas cuidando de que *ni corto, ni lento* sea tu arribo. *El trabajo*, que es un deber muy estrecho, lo cumplirás *aplicándote* á tu ocupación ó empleo. En el *refectorio* cuida de la *sobriedad*, poniendo atención en no dar muestras de advertir si es *malo ó bueno* el plato que se ha servido. Igualmente del *recreo* debes disfrutar *alegre* y *santamente*: es honesto esparcimiento del ánimo que has de disfrutar. Si al templo vas, para honrar á Jesús en el *santo Sacramento*, cosa que harás *á diario*, puedes en aquel momento *examinar tu conciencia*; y al dirigirte á tu lecho piensas, antes de *acostarte*, en la *muerte*; y *si durmiendo* te despertaras de *noche*, á Jesús tu pensamiento vuelve con el corazón

amoroso, en tu deseo  
de que ni un solo segundo  
se aparte de ti. *Laus Deo.*

## II

## Virtudes religiosas.

*Desearás la pobreza*  
como un patrimonio rico,  
y no dispondrás de nada  
sin orden ó sin permiso;  
por tanto te servirás  
con desinterés benigno  
de lo que te fuere dado,  
sin pensar, porque no es lícito,  
en aquello que te falte,  
sino por el sacrificio  
que á Dios ofreces gustosa,  
pues á servirle has venido.  
Has de tener por virtud,  
en cuanto apartan del vicio,  
no sólo la castidad  
sino el amor á lo limpio,  
pues la limpieza y buen orden,  
el vigilar los sentidos,  
principalmente la vista,  
y la obediencia, principio  
de toda virtud, seguida  
ciegamente por designio,  
son de provecho indudable  
para quien bien sirve á Cristo.  
*Observa tu santa regla*  
con religioso cariño  
y trata á tus superiores  
con respeto de buen hijo,  
obedeciendo en un todo

por amor á Jesucristo.  
Para complacer á Dios  
les prestarás tus servicios,  
con afecto á tus hermanas  
amándolas en el vínculo  
que con el Señor os une,  
sufriendo sus defectillos,  
que todos tenemos muchos,  
y no dejando residuo  
en el corazón de agravios  
que no pueden inferiros.  
A las personas seculares  
vedlas por caritativo  
impulso; pero cuidando  
con delicadeza y tino  
de hablar con ellas tan sólo  
de asuntos devotos, pios.  
No penséis en vuestros padres  
más que para amarlos. Dignos  
se hacen del favor del cielo  
los religiosos movidos  
de santa fe que á diario  
dan pruebas de amor bendito  
y devoción á Maria,  
meditando de continuo  
en sus virtudes, y en ellas  
dando alabanza al Altísimo.  
Invoca á tus protectores  
y patronos, y al bendito  
Angel de la Guarda pidele  
que te alcance el beneficio  
de vivir y de morir  
santamente, cual pedimos  
todos, amèn. *Gloria Patri,*  
*Spiritui Sancto et Filio.*

## III

## Máximas espirituales.

No busques ni pienses más  
 que en Dios Padre Omnipotente;  
*fomenta en tu alma el deseo  
 de virtudes que ennoblecen,  
 y juzga que á todas horas  
 el Señor está presente.*  
 En tu salvación trabaja  
*pensando mucho en la muerte,*  
 disponiéndote de modo  
 que fenezcas santamente.  
*Tomarás la cruz á costas,*  
 esforzándote en hacerte  
*de Jesús imitadora;*  
*menospreciando los bienes  
 y los regalos del mundo,*  
 á los que en razón *preferes*  
*tu retiro de virtudes,*  
 en donde constantemente  
*verás tu insignificancia*  
 para *humillarte y vencerte,*  
*mortificándote así*  
 en lo que más te conviene,  
 á saber: *la voluntad,*  
*el juicio y uso imprudente*  
*de la palabra,* que es cosa  
 en que habrás de celar siempre.  
*Oirás con gusto, hablarás*  
*poco,* apartando tu mente  
 de *vanidades* fundadas.  
 En lo que *hablares ó hicieres*  
 cuidarás de *aconsejarte*  
 de una manera frecuente  
 para no errar, procurando

que la *modestia* te lleve  
 á no querer cargo alguno;  
*soporiando,* si las tienes,  
*las penas,* que son acaso  
*causadas por* los desdenes  
 y desmayos con que olvidas  
*tus defectos* y el *hacerles*  
*guerra* sin descanso alguno.  
*Evitarás la menor*  
*falta,* como proponiéndote  
 ser cada día mejor  
 que lo fuiste el precedente.  
 Así, si el Señor se digna  
 con su bondad protegerte,  
 gozarás de su presencia  
 para amarle, conocerle  
 y ser perfecta en el cielo,  
 alabando sus mercedes,  
 sus bondades y su gloria.  
*Laus Deo, nunc et semper.*

J. M. J.